

rígida como la misma Ley; el Gínófaló, por fin, alma de la vida sexual donde se encuentran lo masculino y lo femenino en un individuo, sea el que se forma en el instante vertiginoso del coito o el que, como Tiresias, vive parte de su vida en una u otra mitad genital.

El derrotero de Ramond por la obra lorquiana es minucioso y su ordenada exposición va no sólo documentando sino también fundando con certera lógica cuanto va sosteniendo con su casuística. El libro servirá a quienes se adentren en Lorca con unas claves inhabituales, lo cual es saludable, porque el mundo de lecturas lorquianas está saturado de repeticiones y de falsos respetos a un supuesto prócer nacional de las letras. Pero también resultará útil a los que mediten sobre la rica y sinuosa identidad sexual de los sujetos humanos, investigada por los poetas allí donde hay que hacerlo: no en el gabinete de fisiología sino en el universo de lo imaginario.

Retrato del joven Wittgenstein, *George Hendrik von Wright. Traducción de Juan José Lara Peñaranda. Tecnos, Madrid, 2004, 172 pp.*

Wittgenstein llegó a Cambridge en 1911 y conoció a David Pinsett en las clases de Bertrand

Russell. Mantuvo con él una estrecha amistad, en Inglaterra y a lo largo de varios viajes. La guerra de 1914 los separó aunque siguieron comunicados por carta a través de Suiza, ya que sus países eran enemigos. Pinsett murió en un accidente aéreo en 1918.

Se conservan numerosas entradas del diario de Pinsett en las que menciona a su amigo. También, las cartas dirigidas a éste. Las de Wittgenstein se han perdido. Si hubo entre ellos una intimidad intelectual o de otro tipo, nada queda en estos documentos, que servirán a los biógrafos para determinar fechas y lugares. El filósofo fue, alternativamente, reservado y confidencial en cuanto a su vida interior. Aquí, las reticencias priman. La filosofía suya, tan objetiva, si se quiere aceptar el adjetivo, es una muralla que lo señala y, a la vez, lo aísla.

Los editores y recopiladores han cumplido una tarea puntual y documentada en lo que hace a la vida de Pinsett y los suyos, ya que la correspondiente a Wittgenstein está repetidamente elaborada.

La evolución de la libertad, *Daniel C. Dennett. Traducción de Ramón Vilá Vernís. Paidós, Barcelona, 2004, 383 pp.*

La vieja disputa entre determinismo y libre albedrío se reformu-

la constantemente, lo cual puede significar que, según pasa con las grandes cuestiones metafísicas, no tiene solución. Dennet se sirve de una graciosa figura para plantear el tema: nuestro organismo es una complejísima suma sistemáticas de células, autoritarias y sumisas, en tanto nuestros valores e intereses poco tienen que ver con ellas. O sea: estamos determinados a la vez que somos libres.

Una punta de solución se advierte en el libro de nuestro autor: el determinismo no es incompatible con la libertad. Determinismo no es fatalismo, sino averiguación de causas. Cuando sabemos en qué consiste la necesidad sucesiva del efecto respecto al nexo causal, dejamos de estar sometidos a él. La consciencia de la necesidad es el principio de la libertad, nos siguen diciendo Spinoza y Hegel.

El hombre es un animal que se sabe animal e intenta decirlo por medio del lenguaje. Estos dos elementos distintivos, la autoconsciencia y la palabra, son indispensables para construir el mundo humano de la libertad. Como se ve, no se trata de una libertad originaria, a la manera romántica de la espontaneidad primitiva del hombre, sino de una conquista paulatina en la cual las ciencias tienen mucho que hacer y algo que decir. Pero quien más tiene que decir es la filosofía.

Dennett reúne ambos extremos y los maneja con orden y ameni-

dad. El libro sirve al filósofo, al científico y al perplejo animal autoconsciente y locuaz conocido como *homo loquens*.

Pensamientos. Cartas. Testimonios, Marco Aurelio. Estudio preliminar, traducción y notas de Javier Campos Daroca. Tecnos, Madrid, 2004, 204 pp.

Diversas fuentes textuales del emperador que escribía (o el escritor que imperaba) sirven para la presente antología: cartas, testimonios de terceros y lo que genéricamente se conoce como sus *Pensamientos*, escritos fragmentarios de vejez que se suelen agrupar en doce libros y comprender 488 textos.

Lo más interesante de Marco no es su minucia histórica sino su actualidad intelectual. Más ampliamente, todo lo que el estoicismo tiene de contemporáneo, según se viene explorando en nuestro tiempo, por parte de especialistas como Marta Nussbaum y otros. El filósofo que da en político o el político que filosofa tienen una urgencia negativa en esta época de pragmáticos y gestores que parecen gobernar sin pensar como si la gestión se pensara a sí misma, de modo inerte y estructural. Marco es, en este sentido, platónico,

pues considera el ideal del gobernante como un pensador en acción. Un pastor de pueblos, un padre providente que no olvida su ascendencia divina ni su carácter de juez inapelable.

En el otro extremo, sus cartas están exentas de reflexión política y filosófica, y se concentran en la anécdota de su vida diaria y en su preocupación por afinar su instrumento literario, lo que hoy llamaríamos estilo o escritura.

En tanto buen estoico, Marco rechaza la especulación pura y entiende la filosofía como una disciplina que resuelve problemas de conducta y conduce al individuo hacia la convivencia, o sea hacia la sociedad y la política. La generalidad aspira, además, a lo universal, y en esto pensadores cristianos hay que compatibilizan al emperador con el cristianismo como proyecto de religión universal.

Igualmente contemporánea sueña su reflexión sobre el sujeto en tanto pluralidad y el lugar donde no hay propiamente ya una persona, lugar atópico como lo denomina Campos Daroca, el lugar virtual del escritor. Verlo todo y examinarlo en consecuencia, es la tarea de Nadie, donde se cumple la utopía de una palabra coextensiva al pensamiento. Lugar, también, de la libertad interior del individuo, la única auténtica, que desagua en un postulado republicano e igualitario, el ideal ético de

no ser esclavo ni amo de nadie. Si se prefiere: una fórmula perfectamente moderna de la libertad, que implica piedad y tolerancia, según concluye María Zambrano. A diferencia de otros estoicos, en efecto (Séneca es el más ilustre), Marco nunca imagina al hombre huidizo de las asechanzas del mundo, sino siempre en situación mundana, temporal, cívica.

Más allá de la erudición y la curiosidad biográfica, el pensamiento del emperador que pensaba resulta interesante a un lector contemporáneo y disponer de este tipo de antologías es la mejor manera de empezar a percibirlo como tal.

Olas, *Eduard von Keyserling. Traducción de Eugenio Bou. Minúscula, Barcelona, 2004, 223 pp.*

Empieza felizmente a conocerse en castellano la obra de Eduard von Keyserling (1855-1918), letón en lengua alemana. Este relato, engarzado en la mejor tradición germana de la *Erzählung*, justifica la novedad. En pocos trazos, casi todos indirectos, el autor evoca una sociedad y anecdotiza las principales fuerzas de la vida: la relación con la naturaleza, la incertidumbre y el empuje del amor, la muerte, supuesto que la muerte sea susceptible de anécdota.

Un grupo de veraneantes en una playa muestra la clásica divergencia humana de la literatura centroeuropea: los artistas, los nobles, los burgueses. Los artistas pretenden ser los nobles anárquicos de la sociedad burguesa, en tanto los nobles invocan titulaciones caducas y actúan como burgueses. Los burgueses del negocio o el funcionariado, son lo que son, en tanto los otros son lo que no son. Keyserling conoce bien los modos en que pueden dialogar convertidos en personajes. La elegante precisión de las escenas coloquiales y la sutil manera de reflexionar sobre lo dicho, a cargo de los mismos actores, muestran la maestría del narrador para escoger, que es lo propio de los buenos narradores.

Ironía comedida, prejuicios de clase, gazmoñerías disfrazadas de buenas costumbres, ambigüedades del sentimiento se retratan sobre un fondo romántico de accidentes naturales que favorecen la atmósfera de lo ocurrido. El mar, con sus olas impasibles o violentas, es la alegoría de ese mundo metamórfico, del paso constante del tiempo y de la indiferencia cósmica ante los destinos humanos.

Buenos parientes literarios pueden evocarse a través de Keyserling. Schnitzler y Thomas Mann entre los germanos. Meredith, Hardy y el mejor Forster, entre los ingleses. Vaya, simplemente,

para orientar al lector que se encuentra por primera vez con este seguro y fino narrador que disfruta melancólicamente del espectáculo de la vida e intenta que lo compartamos.

La sociedad invisible, Daniel Innerarity. Espasa-Calpe, Madrid, 2004, 227 pp.

Rematando una trilogía iniciada con *Ética de la hospitalidad* y *La transformación de la política*, el autor propone el libro comentado y que ha merecido el Premio Espasa de Ensayo 2004. El punto de partida es el hecho de que entre el sujeto individual y la sociedad hay una relación de invisibilidad que surge de la extrema complejidad de las sociedades actuales. Este vínculo paradójico que, en vez de relacionar, separa, no puede explicarse ya suficientemente por la clásica categoría de la alienación sino, más bien, por la de extrañeza. La sociedad se ha vuelto extraña a cada uno de sus supuestos componentes: invisible, inconcebible, meramente virtual, excluyente, riesgosa, simulada, vivida por representación y oportunidad, con una multitud de alternativas individuales que no se advierten como sociales.

Si algo social permanece es la prevalente información que, como